

y dominar al pueblo de Florencia e inducirlo a incendiar todos sus lujos, riquezas, obras de arte y para hacerlo llorar en público sus prevaricaciones. Y sobre todo, mal podía carecer de inteligencia el hombre cuya sociedad y comercio solicitaban personajes como Lorenzo de Médicis y Pico de la Mirandola que encarnaban la alta cultura de su tiempo y que no se hubieran cuidado de un palurdo. Al revés de lo que afirma el señor Vicuña, y por consiguiente en contra de su tesis, coexistieron en Savonarola un carácter de temple formidable y un vigoroso y apasionado talento.—Ricardo Dávila Silva (Leo Par).

Noviembre 27 de 1934.



ROMANCE DE TRISTÁN E ISOLDA, por *Joseph Bedier*.

¡Bien venido sea este libro de José Bedier (1), que nos trae, clarificado, fortalecido por los siglos, el ardiente vino de amor de Tristán e Isolda!

Prematuro elíxir de romanticismo, grato aun a los paladares modernos, pocas ficciones se han compuesto, antes y después, de tan humana, de tan poética intensidad dramática, como este egregio romance del medioevo. Real y poético a la vez. Escrito en época aun bárbara y plena ya de exageración caballeresca, no está hinchado de lo sobrenatural, como los Amadises y los Lanzarotes, y apenas una que otra vez el «Deux-machina» rompe la visible unidad de su contenido.

El resorte mismo ocasional de la tragedia es, no obstante su imperativa arbitrariedad, de un sentido e interés tan humanos, que casi no es un resorte. O mejor, lo es sólo en la medida de que su acción se extiende ya en todo el decurso de la obra, hasta el

(1) *Empresa Letras*. (Santiago).

final. Es ese brevaje potente, compuesto por la reina de Irlanda para ser bebido en la noche nupcial, para eterno amor, «con todos los sentidos y todo el pensamiento, en la vida y en la muerte», por su hija Isolda y el rey Marcos, y que la fatalidad llevó a los labios enemigos de la abrasada princesa y del argucioso Tristán, a bordo de la nave inmóvil, en medio del océano. No es más que un símbolo y un cristiano atenuante de la pasión que ya germinaba tumultuosa e inconsciente en el corazón de ambos, y que había de florecer después en purpúrea flor de pecado; pero, un símbolo, que, más que justificar la pasión adúltera de Tristán y la rubia Isolda, pretende acaso enaltecer esa pasión, y aun, parece que ese filtro se hubiese confeccionado expresamente para ellos.

Haciendo oposición al amor carnal, está el amor—filial, se diría—de Tristán por el rey Marcos, su tío; sentimiento que se clava hasta el sacrificio en el corazón del héroe. Es digno de observar que es en este recto amor donde única y precisamente se exalta la índole caballeresca del poema; en tanto en el maravilloso amor de los amantes es dable apreciar todas las gradaciones—desde el primer impulso de odio, de Isolda—y todas las contradicciones—hasta el despecho mortal del caballero—, propias a cualquier amor. ¡Pero en qué medida!: «Con todos los sentidos y todo el pensamiento, en la vida y en la muerte»...

Estos elementos grandiosos encajan clásicamente dentro del carácter jovial y generoso del enamorado Tristán, y del carácter mesurado y digno de la apasionada Isolda. Hay en este poema un sentido algo griego de la composición y de la continencia; algo, trastrocado, de Ulises ardiloso y de Aquiles enfurruñado, en la fisonomía del héroe. Y hay mucho de la rubia Helena en el continente físico y en el destino de aventura, en Isolda la rubia; y hasta ese rey Marcos tiene no sé qué tácita y desgraciada semejanza con el viejo rey Príamo troyano. Y aún, ese filtro hechizado, parece que se hubiera cocido ya en las re-

domas malélicas de Circe... Todo, por supuesto, sublimado por un espíritu cristiano de la simpatía... ¡Quién sabe!

Al sabor eterno de belleza del viejo poema de Godofredo de Estraburgo, le ha agregado un peculiar sabor y una encantada novedad, esta bellísima y original versión de José Bedier. Traducido con pulcra elegancia, y aun más, con «espíritu», por Hernán Díaz Arrieta, es una lástima que un libro tan bello como éste no se haya editado digna y bellamente.—G. K.



PASCUALITA, *Versos a una niña que nació poeta*, por *Andrés de Piedra-Bueno*.

No se puede desconocer a Andrés de Piedra-Bueno la habilidad, ya que la demuestra de manera sostenida a través de todo su libro (1), y el conocimiento que tiene del menester poético. La técnica del verso la domina con amplitud y son los suyos, generalmente, versos discretos, cuidados, sin verdadera originalidad pero que casi nunca carecen de cierta decencia expresiva que le impiden caer en lo estrictamente vulgar. El tono del libro es, por esto mismo, más o menos parejo, no encontrándose en él poemas sobresalientes por su calidad ni tampoco por demasiado malos:

Yo temo al verso, Pascualita... ¿Sabes?
Perdona la emoción de las orillas!
Yo sé que cuando zarpan ciertas naves,
se ponen las enseñas de rodillas...

Parte ¡No llores más! (Doreste dijo
un simil gris que a mi dolor se engasta).
Yo reproduzco en tu alma el crucifijo
«mientras tienes los ojos a media asta»...

(1) Talleres tipográficos «Carasa y Cía.» La Habana. (Cuba).